

Una mujer larga

de Raquel Diana

Esta pieza obtuvo el Premio en la Categoría “gran formato” en el Primer Concurso Nacional de Textos para Obras de Teatro de Títeres destinado a público Adulto, convocado por el Ministerio de Educación y Cultura y el Museo del Títere, Uruguay 2014

Una mujer larga. Altísima. Muy flaca. Livianísima.

Asoma.

Asoma.

No se sabe si va a caber en la escena.

Aparece con timidez. Con curiosidad y un poco de miedo.

De pronto, mucho viento.

Se hace más difícil entrar a escena, pero lo hace.

Vuela su pelo, vuelan sus brazos, vuela su vestido.

Desnuda, pelada, manca.

Desnuda, pelada.

Pelada.

Recupera cada cosa.

Aquí está. Cuando puede reunir sus partes y pararse erguida, está aquí y todo viento cesa.

La mujer larga piensa:

¿Qué hace esa gente ahí? ¿Me están mirando? ¿A mí? Es sorprendente.
¿Soy alguien a quién mirar? Bueno, por qué no: estoy aquí y todas mis partes están juntas... Mejor los miro yo. Miro, miro, miro todo. Miro a cada uno. ¡Hola! ¡Adiós! Tengo un poco de miedo, o acaso pudor, pero estoy mirando a cada quién y me da gracia. Sonrío con todo el cuerpo, que es la mejor manera de sonreír, se parece a bailar un poquito... ¿Bailarías conmigo?... ¿Bailarías conmigo?... Parece que hubiera una música...

Sí, está sonando una música y la mujer larga baila. Gira como sostenida por un hilo único que baja del cielo. La han abandonado y se mueve por inercia.

Ha entrado a escena una multitud de muertos, unos maniqués a los que les falta alguna parte de su cuerpo helado.

Mordidos, descoyuntados, roídos, atravesados por una bala de cañón.

Muertos rotos. Maniqués averiados. Exoesqueletos lastimados. De todos modos conservan cierta elegancia de escaparate, algo del hombre de Vitruvio.

La mujer larga sigue girando apenas. Su música se diluye... ya es un suspiro: entonces canta. Quisiera seguir bailando, quisiera que su música...

Pero hace frío.

Ahora son los muertos que cantan. Polifonía rara. Mahler en tono de rock, quizás.

Son ellos los que bailan ahora. Se escurren, están a punto de chocar entre sí, pero no, y así.

Se deslizan hasta que se instalan, agrupados.

La mayoría quietos. Acaso hay algún mecanismo que los mueve cada tanto, como para volver a mostrar que están muertos.

Un espejo va y viene, o sube y baja.

Vaivén de reflejos.

Público- muertos, muertos- público.

La mujer larga piensa:

En un teatro los únicos que están vivos son los espectadores. ¿Debería haber alguien vivo de este lado?... ¿Cuál es el lado de quién?

La mujer larga lucha con el espejo y lo rompe.

Caen papelitos plateados.

Pedacitos de espejo roto.

Un ser de varios ojos, en cabezas superpuestas o quizás máscaras giratorias, como sea pero con muchos ojos, trata de recoger los papelitos plateados

Los ofrece al público como vendiéndolos o mejor regalándolos.

El ser de varios ojos dice:

¡Al pedacito de espejo roto! ¡Al pedacito de espejo roto! Hay para todos.
¡A cada cual el suyo! ¡Ahora cada quien tiene su pedacito de espejo roto para mirarse! ¡El que no se mira se pierde! ¡A mirarse que no hay tiempo!... *(a alguien del público)* ¡Eeeehhh! Ni lo intentes: el pedacito es para uno. Dos juntos no se podrían ver. Mucho menos muchos más. Todo es de cerca y fraccionado, señora, no insista. ¡Al pedacito de espejo roto!
Hay para todos.

La mujer larga se arrepiente de haber roto el espejo.

La mujer larga dice:

Perdón, yo no quise...

El ser de varios ojos responde:

Ahora es tarde, ya está hecho, lo hubieras pensado antes.

La mujer larga:

Me pareció horrible que lo de allí estuviera reflejado allá. Y viceversa.

El ser de varios ojos:

¡¿Eh?!

La mujer larga:

Que a veces es mejor no ver...

El ser de varios ojos:

Para mí sería imposible.

La mujer larga:

Sí... quería decir que a veces es mejor no verse.

El ser de varios ojos:

Entonces hay alguien que decide romper el espejo. ¡Qué ceguera! ¡Qué poca amplitud de la mirada! ¡Qué visión estrecha!

La mujer larga:

Perdón, yo no quise... Podría juntarlo... Unir parte con parte... Podría volver y no hacerlo.

El ser de varios ojos:

¡¿Eh?!

La mujer larga:

Apenas unos segundos, antes, atrás y no hacerlo.

El ser de varios ojos:

Lo roto se queda roto. Hay millones de millones de formas de ser roto, pero una sola para ser lo que era. Es tan improbable que es imposible.

¡Lo ves con claridad!

La mujer larga:

No.

El ser de varios ojos:

Veamos.

Entra una flecha. Apunta hacia los maniqués fríos.

El ser de varios ojos:

¿Qué ves?

La mujer larga:

Ruinas ordenadas.

El ser de varios ojos:

Es el pasado, querida.

La flecha cambia de sentido.

El ser de varios ojos:

¿Qué ves?

La mujer larga:

Polvo, burbujas, casualidades. No sé.

El ser de varios ojos:

Es el futuro, querida... El espejo estaba en orden allá y ahora... está disperso acá... y no hay nada previsto para él allí... salvo que alguien quiera un pedacito... o sea abducido por un basurero.

La mujer larga investiga un poco a la flecha. La sigue. La hace girar.

La flecha también la investiga a ella.

La punta de la flecha en el pecho de la mujer larga, mientras ella mira el pasado.

La punta de la flecha en la espalda de la mujer larga, mientras ella mira el futuro.

Las curvas, los pliegues, los vuelos, las caídas, lo que dobla, lo que

arruga, lo que abre la flecha del tiempo.

El ser de varios ojos, ya con sus miradas desquiciadas, solicita orientación a la flecha, que harta de la manipulación de la mujer larga, marca una dirección y un sentido, que él toma, aliviado. Al tiempo que sale le grita a la mujer larga.

El ser de varios ojos:

¡El pasado es lo que se puede recordar!... ¡El futuro es lo que no se puede recordaar!

La mujer larga:

Si no me acuerdo es que no sucedió... Entonces no me acuerdo.

Aparece de nuevo el espejo. Va y viene, o sube y baja. Vaivén.

Público- muertos, muertos- público.

La mujer larga se alegra de no haber roto el espejo, o de haberlo podido reparar, o de... Bueno, no sabe, pero el espejo está ahí y ella mira y se ve bella.

Pero los muertos avanzan, inquietantes, siniestros.

Van hacia el público o quieren verse en el espejo.

La mujer larga se interpone. Se coloca paralela al piso en el borde del escenario. El espejo la refleja a ella.

Flota levísima. Luego reposa acostada, de perfil.

Su pelo largo se mueve, cambia de color.

La mujer larga sonríe como si tuviera una ilusión, o una esperancita.

Los maniqués perforados retroceden, un poco vencidos, con cierto asco que ella les provoca.

Se instalan atrás, en algún lugar penumbroso, como si fueran un paisaje.

Quietos. Quizás cada tanto algo los mueve para recordar que están muertos.

La mujer larga canta. Bellamente. En un idioma incomprensible.

Su pelo se mueve, cambia de color.

Ahora parece que flotara sobre una corriente de agua.

Las piernas de la mujer larga son ahora una cola de sirena, o un ala de un pájaro gigante.

Su voz es de hilos. Su canto teje una tela irregular, abierta, casi una red.

Podría ser la “tela de los sueños” esa de la que, según Shakespeare, está hecho el mundo.

O simplemente una telaraña.

Solo se puede ver la sombra de la telaraña, atrás, enorme.

La mujer larga canta, y atrás se teje. Canta, teje, canta teje.

Pequeños hombres, atraídos por la voz, se acercan. Son sombritas parlantes que hacen gracias, proezas, promesas.

Ella que se deja convencer por cada uno... pero no del todo.

Los hombres pequeños se pegan a la tela, o la desagarran, o la enredan, pero no pueden pasar.

La mujer larga da un coletazo, o sacude su pelo y los hombres pequeños van cayendo.

La sombra de la tela, gigante, ya no es la misma. Un poco rota, desapareja, desvencijada, raída. Otro poco firme, hilo de acero, tejido apretado, cuerda marina. Otro poco pelusa encantadora y deshilache divertido.

Los hombres pequeños siguen llegando, pero no se quedan.

Son sombras que pasan, apenas la llaman y siguen de largo, o mueren como insectos.

La mujer larga ya no es leve.

Su cola de sirena se ha ido. Le parece que tiene patas de ave. Le parece que es un arbusto espinoso con raíces en los pies.

La mujer larga grita para espantar al espejo que ha permanecido en lo alto reflejando a veces, entre otros brillos, la melena de colores de ella. El espejo se va. O se empaña. O se vuelve pared opaca.

De pronto, mucho viento.

Vuela su pelo, vuelan sus brazos, vuela su vestido.

Desnuda, pelada, manca.

Desnuda, pelada.

Pelada.

Recupera cada cosa.

Aquí está. Pudo reunir sus partes pero no todo ha quedado exactamente donde debiera. Pequeños desajustes.

Su pelo tiene un color solo, opaco.

El viento cesa.

Pero ella no tiene ganas de estar erguida. Con poca gracia queda tendida.

Los maniqués tristes, sin dejar de ser paisaje, apenas con algún movimiento, se hacen presentes: cantan su polifonía fea.

Su sonido mueve la sombra gigante de la tela de los sueños de ella.

El ser de varios ojos aparece corriendo, o quizás en algún artefacto, como una moto o una patineta. Al pasar ve a la mujer larga tirada y a la sombra

temblando por el canto de los muertos.

El ser de varios ojos:

Es el problema con las mujeres largas

La mujer larga:

¿Las altas?

El ser de varios ojos:

No. Las mujeres largas. ¡Qué miope!... Pero no me voy a detener ahora...

Es curioso cómo teniendo tan pocos ojos les cuesta tanto saber dónde queda el adelante.

La mujer larga:

Me gustaría que se callaran.

El ser de varios ojos:

¿Quiénes?

La mujer larga:

Los muertos.

El ser de varios ojos:

¿Cuáles?

La mujer larga:

(señalando hacia atrás) Esos... Los de allá *(señalando al público)* están vivos, pero no cantan.

El ser de varios ojos:

No escucho nada... Creo que ya pasé por aquí hace un rato... No hay forma de volver al mismo sitio. A lo sumo una vuelta en espiral pero desde otra parte, de otro modo... Ya pasé por aquí, sí. Y no oigo nada... Y voy para allá...

La mujer larga:

¿Qué hay allá?

El ser de varios ojos:

(fastidiado) ¿No es evidente? No hay nada... O no se sabe.

Unos destellos de luz fuerte, intermitente como un faro.

La mujer larga se sorprende.

El ser de varios ojos:

(encandilado) ¡Estoy ciego!... ¡¿Para dónde tengo que ir?!

Sale de escena errático, revoleando cada ojo.

Los maniqués muertos se han ido callando.

Tras la sombra de la tela de los sueños de ella, aparece la sombra de un hombre grande, alto, largo, rotundo. Recorre el tejido, lo acaricia, lo prueba, lo huele, experimenta su resistencia.

La mujer larga lo ve. Se incorpora. Se pone a una distancia en la que se ve que tienen casi la misma altura.

Él la saluda, la mira, la mide, la estudia, hace pequeños movimientos que ella imita.

Se hacen cómplices.

Ella aprende a moverse con el modo y el ritmo de una sombra.

Él en cambio no puede moverse como ella.

No importa, piensa la mujer larga, yo puedo parecerme a él. Parecerse acerca, es bailar el mismo asunto.

La mujer larga canta. Como antes. Bellamente, casi. En un idioma incomprensible.

Su pelo vuelve a tener algún color y movimiento.

El hombre grande se enamora de ella.

No ha llegado atraído por su canto de sirena. Su encuentro fue casual, le gustó su tela pero no quedó atrapado en ella. Le gustó verla aunque fuera a través de un velo de sombras.

Y cuando la oyó cantar supo que la amaba.

Es el momento de película de amores suaves como dijo el Indio Solari, de música empalagosa, de estrellitas que caen, de querubines idiotas.

Ella en la escena y él como sombra hacen en amor de un sentido y modo metafórico y por qué no, casi real.

Aunque, claro, él está detrás de algo, que ojalá atravesara pronto y dejara de ser fantasmal, para estar con ella ahora, ya, aquí, material.

¡Ah, sí! Las mujeres largas no han nacido para otra cosa que para amar a hombres grandes, rotundos.

Es tal el entusiasmo que la mujer larga baila y canta ocupando toda la escena.

En su movimiento golpea a los maniqués tristes que se quejan.

Un especie de euforia alucinante, cercana a una estética de fiesta tecno adobada con alucinógenos, estimulantes y afines.

Baila, baila, canta, feliz, tan feliz, que no se da cuenta de que por un orificio de la tela, pegado al piso, se asoma él, lejos de la fuente de luz, sin nada que proyectar, él, así como es, chiquito.

La mujer larga, exhausta, con una risa de resaca, se acuesta en el piso.

Pasa por delante de ella, él, que lejos de la luz es tan pequeño.

Ella lo pone en la palma de su mano, lo acerca a su cara y lo mira con curiosidad. No puede creer que sea el mismo. Piensa que está borracha, o que está teniendo un mal sueño.

Él, en lugar de tratar de que siga enamorada, ahora que ha visto cómo son las cosas en realidad, la trata como si ella fuera la pequeña: con benevolencia y autoridad.

Chilla en la palma de su mano, da órdenes, cuenta historias que son mentira.

La envuelve y ella se deja envolver.

La empaqueta y ella se deja empaquetar.

Un tipo tan chiquito que cabe en la palma de su mano.

El movimiento va abandonando a la mujer larga.

Sus piernas, su cuerpo, sus brazos, su pelo, apenas queda su cabeza escuchando el discurso sin fin del hombre diminuto.

No hay cosa más triste que una mujer larga desguazada. Un títere gigante abandonado en plena escena.

Qué mejor momento para la muerte, para los muertos, que ahora sí avanzan y se apoderan del escenario.

El ser de varios ojos atraviesa la escena con lentes negros y parches de pirata en los ojos. Un desastre. Choca contra todo y se va.

La mujer larga no es más que un pobre trapo caído. Da menos que pena. Nada.

El hombre cortito salta sobre los restos de ella.

La cabeza de la mujer larga se levanta un poquito y le habla al público.

La mujer larga:

Perdón, yo no quise... Podría juntar... Unir parte con parte... Podría volver... y que no hubiera sucedido.

Los muertos maniqués con sus bailes y sus cantos ahora más bien frenéticos, la convencen de que no es posible.

El hombre chiquito sigue hablando y reclamando cosas.

La mujer larga, en un último gesto, lleva su mano a su propia cabeza y de

allí saca una mujer pequeña, que se parece a ella pero más a él.

La mujer chiquita, parlotea tontamente.

Se encuentra con el hombrecito y entonces hay un final feliz de amores pequeños.

Los maniqués son los invitados de la boda.

Hay una gran fiesta.

Bijouterie, cotillón, y toda esa mierda.

Es el fin.

Saludan los personajes.

Saludan los titiriteros.

Menos la mujer larga que queda tendida en el escenario hasta que haya salido de la sala el último espectador.